

PROLOGO

El espíritu democrático venezolano

La consecución de la democracia en Venezuela posee en sus páginas momentos de gran complejidad. Nuestra democracia no puede entenderse obviando pilares fundamentales como: la semana del estudiante de 1928. Acción estudiantil que terminó por definir uno de los movimientos políticos más icónicos de nuestro país, la Generación del 28. En esa misma línea, el 14 de febrero de 1936, nos evoca el despertar popular frente a la tiranía gomecista. Hombres y mujeres volcados a las calles para exigir derechos y garantías constitucionales, en resumen, el fin de una dictadura que alcanzaba veintisiete años de poder unipersonal.

De igual manera, el tan cuestionado 18 de octubre de 1945, con su respectiva contraparte ocurrida el 24 de noviembre de 1948, nos devela el primer acto de una democracia que no tuvo los anticuerpos necesarios para sobrevivir ante la embestida militar, que arrasaría con cualquier posible espasmo de libertad, todo ello, representado en la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Ha corrido mucha agua debajo del puente desde el 14 de diciembre de 1947. Aquella fecha resumió en gran medida los más grandes esfuerzos que tuvieron que realizar los venezolanos para optar a la plenitud de sus derechos políticos. La Venezuela que vio la luz del día con el primer Presidente de la República electo por voto popular, no imaginó, las nuevas y complejas luchas que aún quedaban por librar, para lograr alcanzar las libertades que la efectiva democracia podía ofrecer. De manera que, la democracia previa al 23 de enero de 1958, no representó más que una idea de hombres y mujeres sumidos en la clandestinidad, de torturados y perseguidos, de soñadores prácticamente delirantes.

La democracia venezolana, no nació de un pacto sectario, como en ocasiones suele señalarse. Por el contrario, emergió del esfuerzo tenaz de hombres que en muchos casos abandonaron familias, proyectos personales e incluso la vida misma. De mujeres valientes, que enfrentaron un sistema cultural que las incapacitaba para unirse cabalmente como ciudadanas. Estos hitos, faros en la noche de la dictadura, nos hablan de un pueblo que, a pesar de las adversidades, siempre ha anhelado la libertad y la justicia.

Entrada la segunda mitad del siglo XX, Venezuela vivió luces y sombras. Nuestra democracia tuvo que enfrentar las más contundentes tempestades. Comenzando por una triada de pronunciamientos militares que hicieron estremecer la década de los sesenta, toda una lucha armada contra la democracia, fluctuaciones del mercado petrolero, devaluación de nuestra moneda, casos de corrupción, agotamiento político y el asecho de los militares representados en una camada de oficiales que se autodenominaron mesías de una nueva era.

Sin embargo, y aunque una nueva historia oficial ha señalado la experiencia democrática de mediados del siglo XX como nefasta, es preciso recordar que los principales avances en materias como la industrial, educativa y sociedad, por mencionar algunas, fueron fruto de aquel periodo. Obras de gran impacto como, la Central Hidroeléctrica del Guri que sigue siendo la fuente primordial de energía eléctrica del país o la red subterránea de transporte, el Metro de Caracas, son algunas de las obras que evidenciaron el crecimiento de un proyecto país cimentado en la democracia.

El siglo XXI por su parte, nos ha dejado un cúmulo de experiencias, que por momentos obligó al venezolano a cuestionar su rol ciudadano, el escenario de los últimos veinte años dividió las aguas, construyendo un lenguaje de odio, resentimiento y mucho desgaste. El proyecto político que ascendió al poder tras las elecciones de diciembre de 1998, provocó probablemente el quiebre más doloroso de los últimos cincuenta años. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) de las Naciones Unidas da cuenta de 7,7 millones de venezolanos que han abandonado el país, siendo el desplazamiento migratorio más importante de los últimos dos siglos para Venezuela.

El país ha vivido la triste realidad del desabastecimiento, la precariedad ascendente de los servicios públicos básicos, el deterioro general de las instituciones, así como, el retroceso cada vez más evidente del sistema educativo y de salud.

Ante ese panorama, los venezolanos acudieron a las urnas electorales el domingo 28 de julio de 2024. El clima de aquellos comicios estuvo signado en primer lugar, por un proceso muy controvertido de inscripciones de candidatos. La presencia de inhabilitaciones y la anulación de candidaturas, aunado a la existencia de partidos imposibilitados de aparecer en el tarjetón electoral final, generando sensaciones encontradas, incertidumbres y desconfianza en la transparencia del proceso.

El espíritu democrático venezolano fue el gran motor de las elecciones presidenciales de 2024. Los venezolanos iniciaron su asistencia a los centros de votación tan temprano como les fue posible, existió un ansioso impulso poco habitual, no se trataba únicamente del apoyo a un candidato o al partido, para muchos venezolanos esas elecciones significaban el inicio de un nuevo amanecer, la posibilidad de enrumbar el país hacia un proyecto alternativo, significaban la esperanza del reconocimiento de fracasos y la aceptación de la decisión popular.

Sin embargo, el primer boletín ofrecido por el Consejo Nacional Electoral, generó un desconcierto entre los venezolanos, al punto que los propios adeptos al oficialismo fueron cautos para celebrar. Los resultados iniciales, fueron rotundamente rechazados por la colectividad y por gran parte de la comunidad internacional. Los hogares venezolanos vivieron la noche de los resultados con desilusión e impotencia, las cacerolas drenaron la desesperanza y rompieron el silencio rotundo que habían dejado aquellos resultados.

Mientras escribimos estas líneas, han pasado exactamente cuatro meses y el clima político venezolano sigue tan incierto como aquel 28 de julio. La sucesión de acontecimientos ha generado temor, producto de las nuevas restricciones comunicacionales, no obstante, el venezolano que votó aquel domingo, permanece aferrado al espíritu democrático, sueña con una nueva Venezuela y un futuro menos tormentoso para sus hijos y para ellos mismos.

Luis Fernando Castillo Herrera.
Profesor-Investigador:
Instituto de Investigaciones Históricas
“Hermann González Oropeza s.j”
Universidad Católica Andrés Bello